

EL TEATRO ALHAMBRA: UN CAMBRINO QUE ERA CATEDRA, CENACULO, CONCLAVE Y MENTIDERO.

Por Don Gual

Inf, ab 25/948.

A mi admirado amigo Don Gustavo Robreño, el gran caballero del teatro cubano.

SI la demoleadora piqueta no hubiera tumbado el viejo y poco elegante galerón donde se instaló hace 45 años, más o menos, el Teatro Alhambra, hoy el camerino de mi querido amigo y consecuente vecino Don Gustavo Robreño, se podía añadir a los lugares interesantes, reliquias de ayer, que el turista de cultura visita al llegar a nuestras costas. Dentro de su categoría hubiera sido catalogado en la ya larga lista de "landmarks" habaneros como la Plaza de la Catedral, la Alameda de Paula, el Palacio de Aldama, la casita de la calle de Paula donde nació el Apóstol, el Convento de San Francisco, el de Santa Clara, las fortalezas de El Morro, San Carlos de la Cabaña, la de Atarés, la de la Punta y la del Príncipe, la Iglesia del Santo Angel, las ruinas de las murallas, y otros lugares que recomienda nuestra hoy acéfala Corporación Nacional de Turismo. Pero Don Pepe Solís, dueño de la finca donde se levanta el viejo teatro de Pírolo, de Regino, de Villoch y de los Robreños, con sentido práctico y progresista exigió el teatro Alkázar, cuyo frontis acaba de ser embellecido, contribuyendo a mejorar esa cuadra de Consulado, entre las calles de Neptuno y de las Virtudes, que todavía afean un almacén de tabacos, varias fonduchas, y otras modestas tiendas, todos condenados a desaparecer en breve plazo.

Quando mi amigo Don Pepe construyó el nuevo teatro "Alkázar", yo sugerí que se le siguiera llamando "Alhambra" como homenaje al templo bufo cubano, y al famoso palacio moruno, que inspiró uno de los mejores libros de Washington Irving. Pero, entonces, hace muy pocos años todavía, el nombre de aquel teatrillo sonaba a algo muy pecaminoso... El tiempo nos ha demostrado, que de eso tenía muy poco, ya que muchas obras de género chico, representadas en otros coliseos de la capital, dejaba al pobre "Alhambra" incluido entre las "inocencias" de las cosas de ayer, antes de la era del bar privado, el highball, el divorcio, los cuentos picantes y las trusas infimas.

Recuerdo, cuando hace más de cinco lustros, una gran dama habanera, le echaba en cara a nuestro compañero Massaguer, las páginas de desnudos y de bañistas de Mack Sennet, que salían en la inolvidable revista "Social". Si hoy la bondadosa señora, viviera, hallaría que, en justicia, aquellas planas que tanto la alarmaban están ya casi catalogadas entre las estampitas de primera comunión.

¿No hace poco que el hecho de que una damisela saliese sin la "chaperona" era un escándalo? ¿No se criticaba duramente a la doncella que saliera a la calle, más de tres veces durante la semana? ¿No era terrible que una bañista (tan vestida; con gorra, mangas hasta el codo, medias negras, y reducido descote) se sentara sobre la arena, sin involucrase en su negra capa?

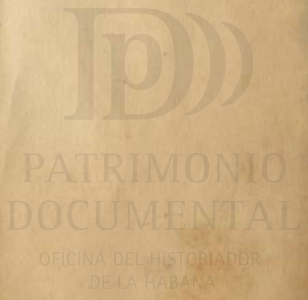
Pero todo pasa y todo cambia. Y en Cuba y en el resto del mundo, las cosas han cambiado tanto, que ya sabemos que el francés empieza a descartar el vermouth aperitivo por el cocktail, y la dama inglesa no toma tanto te como sus abuelos. Todo esto me viene a la mente, al recordar aquel rinconcito, profano santuario, donde el culto y cordial actor y comediógrafo, reunía a sus amigos, y

huéspedes ilustres, que visitaban el teatro de Virtudes y Consulado

DESFILE GLORIOSO

Debo confesar que mis múltiples ocupaciones, después de la puesta del sol, me prohibían ser un asiduo del cenáculo del buenazo de Gustavo, pero si recuerdo la pequeña habitación decoraba con cientos de retratos autografiados (uno de ellos el dedicado a G. R. por los hermanos Álvarez Quintero, todavía se conserva en su despacho del Vedado), dos cuadros de Anglada Camarasa (el egregio pintor español) y aquel busto de William Shakespeare, que parecía presidir la Peña, formada por escritores, artistas del lápiz, críticos, muchachos de la Acera del Louvre, y hasta altos oficiales del gobierno

En ocasiones distintas visitaron el "sanatorio" presidentes cubanos como los generales Menocal y Gómez, los también generales Machado y Batista, el doctor Miguel Mariano Gómez, y el que hoy rige los dudosos destinos de la República. Dos ex presidentes extranjeros también fueron huéspedes de G. R.: El célebre y pintoresco Cipriano Castro de Venezuela y Woss y Gil de la república quisqueyana.



2

Entre los alcaldes habaneros recuerdo la presencia del inquieto y barbudo general Fernando Freire de Andrade, el anguloso Don Marcelino Díaz de Villegas, el risueño "Manuelito" Varona Suárez, el combatido José María de la Cuesta (descendiente de los Condes de la Reunión de Cuba y de los Marqueses de Prado Ameno), el feo y simpático Eugenio Leopoldo Azpiazu, el recién fallecido "Pepito" Izquierdo, y por último el doctor Raúl G. Menocal y Seva, hoy figura prominente del Frente Opositorista, por su conspicua posición en el Partido Demócrata.

Para mucho de mis lectores será una sorpresa (me refiero a los jóvenes que leen mis crónicas) enterarse de que el egregio Ermette Novelli, astro italiano aparece en la gloriosa lista de los visitantes del "camerino". Por allí pasaron otros grandes actores como los italianos Carlos Dusse, Ruggiero Ruggieri y Armando Falconi, los españoles Emilio Tuillier, Mariano de Larra, Balaguer, Ernesto Vilches, Pepe Santiago y Miguel Villarreal; los célebres cantantes Tita Ruffo y E. Mansueto, de la ópera; el insigne actor catalán Enrique Borrás; el mundanísimo Andrés Perelló de Seguro, y hasta Fernando Porredón. Los diplomáticos, aficionados a la tertulia intelectual acudían a menudo a la "peña" aquella; Gaytan de Ayala, de España; Stéfano Carrara, de Italia, Tulio Cestero y Osvaldo Basil, Max Enriquez Ureña y Fabio Fiallo de Santo Domingo; y el locuaz paisano Don Mario García Kohly. No recuerdo si el ministro español Alfredo de Mariátegui acertó a caer en ese recinto alguna que otra noche pues era uno de los "aplatanados".

LOS LITERATOS

La lista de hombres de pluma, que visitara a Robreño en su santuario es extensa, y como mi lector verá incluye los más ilustres nombres de la época, además de los ya mencionados Max Enriquez, Cesteros y Basil, debo incluir a nuestro formidable crítico y poeta Emilio de Bobadilla, aquel Fray Cándil que hizo famoso y temible su pseudónimo, tan bien cotizado en diarios y revistas. Cuando el cardenense regresaba de algún viaje se colaba de roñón en el camerino. Don Ramón del Valle Inclán con su zezeo, sus antipa-

rras, su manga vacía y "sus barbas de chivo", consagradas éstas por Darío, visitó el lugar varias veces, y deleitó con sus sarcásticos cuentos a los contertulios. El impulsivo Vicente Blasco Ibáñez, que estuvo de paso, en un viaje hacia Nueva York y Chicago, donde los editores le ofrecían cheques en blanco por sus futuras novelas y cuentos. Don Jacinto Benavente, con su perilla en el mentón, que hacía compañía a la de su inseparable habano. El talentoso dramaturgo español Linares Rivas, con sus ojos saltones e inteligentes. Waldo Frank, el yankee de corazón indoamericano. Nuestro paisano Eduardo Zamacois, orgullo de Pinar del Río, y de nuestro mundo literario. Pepín Rivero con su "tic" y sus deliciosas anécdotas. Alfonso Hernández Catá, que leía a veces capítulos de su más reciente novela. Vargas Vila, que conservaba aquellos ojillos maliciosos, que observaban todas las miserias y... las niñas bonitas. El brillante novelista Jesús Castellanos, que a ratos dibujaba los perfiles de la concurrencia. Don Juan Gualberto Gómez, con su puro, sus gafas y su bastón, que nos contaba la odisea del 95 o hacía observaciones sobre el último libro llegado de Francia. El vehemente José Antonio Ramos, que discutía acaloradamente diferenciando sus acanzadas ideas. Don Fernando Ortiz, que entonces no era tan voluntarioso, ni tan afro-cubano. Gabriel R. España que trataba de convencernos a todos que no debíamos de morir sin conocer la Madre Patria, cuyo nombre él llevaba como apellido. Aldo Baroni, que ya creía que Cuba era "un país de mala memoria", pero no lo decía sino a "tutto voce". El coronel Manuel María Coronado, que era senador, además de ser director de aquel gran diario "La Discusión". El magnífico mexicano Don José María Lozano, que tanto le gustaba vivir entre nosotros. Wilfredo Fernández con sus cristales oscuros, que me inquietaban mucho. Mario Muñoz Bustamante que reía los chistes de Jesús J. López, y los "colmos" del "Chamaco" Longoria, que siempre llegaba como el Artañán con aquellos tres mosqueteros que eran (Portos) Uthhoff, (Athos) Mario Vitoria y (Aramis) Paquito Sierra. El impecable Emilio Morales de Acevedo, que fumaba el puro de sobremesa, acompañando del "incroyable" Gómez de Garriga. ¿Te acuerdos Pepe? Paquito Chacón (Santibaner) un poco enfermo se dejaba ver allí, algunas veces. Don Mariano Aramburo con su aspecto abacial, sus trajes de obscura alpaca y su abaniquito criollo. El "Conde Kos-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

tia", que aprovechaba cualquier oportunidad para recitar, engrifado todo, la Eneida, Espronceda o los versos de Tula; Antonio Irazós con el penacho negro todavía, que tiraba "chinitas" diarias desde su cotidiana columna de "Tit Bits". Enrique Castañeda siempre monopolizaba la atención con su elocuencia mundana y profunda. Paco Ichazo con los pantalones largos de Don León, se colaba a veces, y pretendía engolar la voz, para no revelar sus pocos años. Ezequiel García Enseñat, limpiando constantemente el cristal de su monóculo hablaba siempre del lejano París, de su visita a la Malmaison, de las comedias de Molière y Racine y del último canto de Rostand que por ser de un "Chantecler" despertó a medio mundo. Ubago, con su cara de pocos amigos, los hacía a cientos en cuanto habría la boca. Ángel Ga-

briel Otero y Lorenzo Frau Mariscal, que llegaban a la tertulia del Café El Casino, donde le tomaban el escaso pelo al Maestro Gay; Evelio Álvarez del Real, entonces un pollito no mal parecido, que no soñaba en tornarse un grave Ministro de Justicia en 1948; Juan J. Remos, con su aspecto de tímido colegial oía mucho y callaba más; Rafael Conte, en cambio oía poco y hablaba mucho, sobre todo de su "Hermano Pepe"; Don Perico Herrera Sotolongo, sin el apéndice peludo de hoy, recordaba con Isidro Corzo sus días de Madrid; Mariano Corona, en visitas breves, venido de su rincón oriental, le gustaba pasar un rato entre cultos y enterados camaradas; Sergio Carbó, que ya hacía jinitos, y soñaba con ser un gran editor de semanarios y diarios, y ver "los toros desde la barrera". (Sergio una vez cayó en el redondel, pero dió un pase magistral diciendo: ¡Fo! ¡Ahi queda eso!). El Arquitecto Bens Arrate, que escribe y habla bien, era otr "habitué" Néstce pas?

MAS CHICOS DE LA PLUMA

Aunque no por ser chico, comenzaré este párrafo con Don Pepe Hernández Guzmán, que ya se tocaba con la gorra turística, con lo que lo caricaturizó magistralmente Rafael Blanco; el bueno de Martín Pizarro con sus ojos de abencerraje miope; los compañeros Raúl Marsans, Antonio González Mra, Isaac Álvarez del Real, Alberto Vila, Gustavo Rey, Pepín y Agustín Rodríguez, el "ocurrente" Ramón Gárate; el amable don Antonio Martín Lamy; Fuentevilla, con los bolsillos llenos de primeras pruebas y notas de reportero; Lillo Giménez, que ya despun-

taba como repórter y cronista de gran futuro; Félix Soloni, que hace años nos dejó para vivir a la sombra de los rascacielos, donde "periodiquea" con Oscar Massaguer y Pepe Perona; el cordial Manuel Serafin Pichardo con sus bigotes engomados, y los bolsillos llenos de "Oféлитas"; el adusto Eduardo Alonso, que cuando me miraba un poco me sentía ya desafiado y... traspasado; el querido Juan Bonich; el infortunado Leopoldo Fernández Ros; el ortofónico Tomás Servando Gutiérrez, que le hacía competencia a todos los fonógrafos de la ciudad; Don Eduardo Varela Zequeira, que nos producía calofrío cuando nos detallaba el asesinato de los Muñoz Sañudo o la hecatombe de Isasi; Lugo Viña, que llegaba de Cienfuegos, lleno de ilusiones y proyectos; el nervioso Armando André; el simpático Jorge Fernando de Castro; Guillermo de Blanck, con sus grandes orejas y su "monocle" londinense, que como "Raconteur" siempre nos deleitaba; Julito Gaudaurd, a quien temíamos por sus preguntas indiscretas a ciertos "venerables"; Tomás Juliá que no se quedaba atrás; Raúl Gay, con sus "bigotes de gato"; Juan Borotau con sus ojos "alborotaus" y sus gafas de negra cinta; Pizzi de Porra, con su giocondesca sonrisa; y por último, Emilio Roig de Leuchsering, que ayudaba a Massaguer a hacer "Gráfico", "Social" y "Carteles", y ya soñaba con el museo de San Cristóbal de La Habana.

LOS POETAS

Pichardo llevó a José de los Santos Chocano al camerino de Robreño. El autor de "Los Caballos de los Conquistadores" se

apareció una noche, impecablemente vestido, con largos bigotes y florido pañuelo y recitó su "Nostalgia".

"Hace ya diez años que recorro
(mucho;
He vivido poco, me he cansado
(mucho
Quien vive de prisa, no vive de
(veras.
Quien no echa raíces, no puede
(dar frutos..."

También el sublime muchacho, aquel Federico García Lorca, también fascinó recitando entonces sus casi desconocidos versos. Villaespesa nos recitó también sus cosas, llevándonos hasta el mismo Patio de los Leones, al narrarnos los amores de una bella princesa musulmana con un príncipe cristiano y español. Lozano Casado, que frecuentaba el cónciave, mu-

4

43 33

"Yo debí de haber nacido en la España de un rey moro".

Don Enrique Hernández Miyares, ya muy viejo y cansado, iba alguna que otra vez y en una noche solemne (en el camerino había sólo dos o tres amigos) nos recitó inflamado su soneto-cumbre: "La más Fermosa": Don Bonifacio Byrne, cuando desde su rincón yumurino, venía a pasar unos días a La Habana, no perdonaba una visita al querido Gustavo. Otros bardos que vi allí con frecuencia eran Emiliano Hernández, el pobre Gustavo Sánchez Galarraga, Ernesto Fernández Arrondo, Pastor del Río, Hilarión Cabrisas...

LOS "PINTAMONAS"

Recuerdo bien al grupo de caricaturistas y escenógrafos que se reunían en el santuario robeño. Empezaré a recordar a Ricardo de la Torriente, el afortunado editor de "La Política Cómica", que llegó a completar su "tenue" de artista (chambergó, chalina, barbilla y melena) con la álea cadena de los acaudalados que le cruzaba ya el redondeado abdomen, delator de "La curva de la opulencia". Luego Rafael Blanco, que se reía de los ataques del creador de Liborio, que no le perdonaba al ajedrecista que le hubiera quitado el cetro de máximo caricaturista cubano, Heriberto Portell Vilá, tan languirucho como hoy, pero todavía con un canchero colgado de sus faldones; Ferrufino, que, pasó por aquí como una exhalación, dejando una estela de dibujos inquietantes por lo "sicalípticos"; Escamez, que ya se separaba de Torriente (estilo y negocio) para emprender largo viaje por la América indoibera, de donde volvía con cheques y retratos de personajes y personajillos, para dar en halagadores álbumes; Massaguer, con treinta libras menos, con su bella revista "Social", sus "sidoburns", su inseparable bastón, y el optimismo que todavía conserva a pesar de que no olvida al poeta que escribió:

"Corazón, ya estamos viejos"...

A veces lo acompañaba su primer discípulo, el diminuto y miope "Sirio", que una noche nos decía: "Como Manzanares me vuelva a decir que yo copio a Massaguer, le tiro esta botella, pero con más puntería que la anterior"... ¡Pobre Sirio! A pesar de estas "exposiciones" se conservó fiel a su joven maestro, hasta hacerle decir a Hernández Catá en Madrid:

"Massaguer va a llegar, y ya Sirio alborozado se lo dice a to-

do el mundo. ¡Ya viene mi maestro! ¡El maestro! Y es como un milagro oír eso, pues el amargado caricaturista está peleado con todo el mundo. Se ha alejado del camerino de Casimiro Ortas, y hasta de la Embajada de Cuba". Efectivamente, el muchacho, pobre, triste y enfermo se había vuelto hurano. Desde niño la vida lo había puesto así. Y murió un día que el dolor pintó en su rostro la última caricatura.

Pruneda, el gracioso caricaturista mexicano, que nos lo empujó para acá, en 1913, la revolución, iba a menudo a saludar a Robreño y trazaba las caricaturas de los concurrentes de aquel salón. Don Miguel Arias, que como escenógrafo de Alhambra, era de casa, solía asomar las narices. También el inolvidable Pepe Gómiz, tan bueno, tan caballero y tan artista, y Nono Noriega, con el cual he platicado mucho de aquellos tiempos. Roseñada, recién llegado de Colón, con una carta de presentación de José Manuel Gutiérrez o de Fernando Arrondo, para Massaguer, se apareció allí un día. Silva, con su sonrisa de "enfant-gaté" llegó un poco tarde, cuando se iniciaba el derrumbe. Lo mismo "Arroyito", la contra figura de Eddie Cantor, quien quizo una vez prohibirlo. Diego Fernández, quien todavía disimula sus setenta y pico de años, dibujaba entonces para "La Lucha". Y Manolín del Barrio, todo un registrador de la propiedad, en provincias, venía de vez en cuando, para recordar sus días de dibujante de "El Figaro", cuando firmaba postales a las lindas habaneras hasta que conoció una hermana de Tomás Jústiz, que lo hizo firmar en el Registro Civil junto al bello nombre Emelina.

LOS ESCULAPIOS, LOS TOGADOS Y LOS POLITICOS

En aquella algarabía se imponía ¡claro está! la voz sonora y penetrante del efemérico y quirúrgico Benigno Souza, que ya ocultaba la calvicie haciéndose esa obra maravillosa con el peine, que lo hace lucir melenudo a veinte metros de distancia.

El Pobre Gómiz, que era delgado y delicado, le huía al manotazo de Benigno, que le resultaba maligno...

A Pereda, (apuesto a que lee mis crónicas de recuerdos) lo conocí allí con su uniforme de médico del ejército, donde entró por coquetería y no por necesidad de un sueldo, ya que Don José era el cirujano más de boga. Renté de Valdés, con su bomba, sus barbas nazarenas, su puro de Vuelta Abajo, su historiado chaleco y su bastón de puño de oro, su complicada cadena del reloj, parecía cantar siempre:



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

5

"Es verdad que soy un poco an-
(tigu
pero en poniéndome mi frac..."

El pobre Renté veía en cada fê-
mina una posible conquista, y lu-
chaba, sin jamás enseñarnos su
"average". El incommensurable don
Juan Artigas con Fortunato Sán-
chez Ossorio hacía un aparte. An-
tiga, ex pelotero, le decía a F. S.
O.: No, chico, no me discutas,
porque te pongo out en primera,
o te cojo dormido entre la se-
gunda y el short. El minorista-sa-
bático ya llevaba debajo de la axi-
la la gramática rusa y en el bolsi-
llo las nueces y las avellanas
que era su próximo almuerzo. Y
frecuentemente me decía:

—Don Gual, tú comes demasia-
do. Aprende de mí. Diez avella-
nas, cinco nueces, cinco almend-
ras y un vaso de agua. Y ya soy
hombre alimentado por varias ho-

ras. Y reía con aquella sonrisa
ancha y pareja, con dientes que
no tenían nada de homeopáticos.
Cuando me tenía más convencido
del plan alimenticio que me trans-
formaría en una silueta algo re-
cortada de Don Alonso de Quija-
no, hice un viaje con él a Méxi-
co (año 1926), como invitado de
honor de cierta cèlebre excursión,
que propugnaba aquel Encalada,
que el "viento se llevó". Alejo
Carpentier y yo, fuimos sus com-
pañeros de mesa, en el barco es-
pañol. ¡Qué sorpresa! Don Juan
comió lo que Alejo y yo rechazá-
bamos ahitos. ¡Qué desfile de pae-
llas, fabadas, caldos, filetes, mer-
luzas, jamones, tocinos y lacones
hicieron su descendimiento por el
esófago de Don Juan, en medio
de un torrente de vinos de Má-
laga, y sidra de Asturias!.. Des-
de entonces no creo en la buena fe
de los dietistas... Y que me per-
done el que tengo "en turno".
Pancho Polanco, Enrique Fortún,
Matias Duque (gran causeur),
Carlos Guás y Cecilio Acosta (el
entonces Cecilio, de la Acera) for-
maba el "coro de doctores", al
que se unían a veces Domingo
Ramos, que entonces no presumía
de su melena blanca, sino de ser
entucista sostenedor de la cam-
paña "Eusebio Hernández, Presi-
dente". También recuerdo a Pan-
cho Rayneri, Otto Bluhme (hoy
muy retirado, quizás desepciona-
do, después de la revolución an-
timachadista)...

También se aparecían por el
camerino de fama internacional
Chuchú Barraqué, Alberto Barre-
ras, Pepe Castillo, Eulogio Gui-
nea, el Comandante Enrique Re-
cio, Rogerio Zayas Bazán, Enri-
que Loynaz Carlos Miguel (tan des-
peinado como siempre), Eduardo

Dolz que impuso en Alhambra su
su "casita criolla", el chalinudo
Benito Lagueruela, el culto mula-
to Don Martín Morúa (tan oído
y respetado) el Dr. Rosado Aybar,
el Coronel Collazo con su "bra-
zo", el nervioso y talentoso Car-
los Manuel de la Cruz, el malo-
grado Doménico Boni, los herma-
nos Fausto y Pablo Menocal, Pe-
pe D'Strampes, Andrés Hernán-
dez Lino Dou, Lorenzo Fernández
Herme y Manolo Mañas, y allí se
rozaba el tema político con ele-
gancia.

Y era en los tiempos en que el
liberal lo era de veras, y el con-
servador convencido, no se lo lle-
vaban con facilidad a... "la acer-
ra de enfrente" Hoy, ya lo sabes
lector, todo ha cambiado.

El campeón Capablanca, cuando
volvía de un viaje donde dejaba
la banderita de la estrella soli-

taria en el pináculo de los torneos
mundiales, iba a contarle sus im-
presiones a Gustavo, que lo oía
alborozado, al lado de su padre
Don Joaquín y su hermano Pan-
cho que sudaba entre bastidores,
"soplando" dirigiendo a las hues-
tes de Regino y Villoch. Este, en-
tonces, menos adiposo y más ad-
ministrativo, se afincaba en la ofi-
cina de la contaduría y comentaba
las "cosas del día" con Ricardo
Gras o con el Maestro Ackermann.

Y PARA TERMINAR

Cerraré recordando otros gru-
pos. Los de los artistas de la pa-
leta como Rodríguez Morey, Fer-
nando Tarozona, Adolfo Galindo,
García Cabrera, Abela, Jaime
Valls y Mariano Miguel que eran
todos del patio. Y el camerino de
Robreño se vió honrado también
con la presencia de Zuloaga, Gra-
ner, Pepe Pinazo y algunos otros
que escapa a mi ya vacilante me-
moria.

El beisbol, la aviación el jal
alai y hasta el boxeo y las luchas
tuvieron sus embajadores, pues
allí saludé a Rafael Almeida, Adol-
fo Luque, Miguel Angel González,
José Mendéz, Eustaquio Pedro-
so, su tocayo Gutiérrez, Marsans,
Jacinto Calvo y Alfredo Suárez,
entre los "diamantinos". Jack
Johnson, Kid Chocolate, Kid Cha-
rol, el Conde Koma y el "Español
Incógnito", entre los ases del ring.
Baracoldés, Isidoro, Irún, Navarre-
te, Zarrasqueta y Eguiluz, entre
los de la cancha, y allí "aterri-
zaban" a menudo el pobre Agustín
Parlá y el ecuanime Domingo Ro-
sillo.

Los músicos como Pepe y Ma-
nuel Mauri, Marín Varona, Palau,
Prats y Anckermann daban la no-
ta, cuando el ambiente desafina-
ba.

Y así se pasaban las noches en
aquel rinconcito rectangular del
viejo "Alhambra", donde Gustavo
reinaba con su cordialidad y su ta-
lento. Fué "rendez vous" acoge-
dor, donde de modo asiduo o espa-
ródico, el caballeroso actor q autor
se dió el gustazo de tener su
"salón", como tuvieron, en el si-
glo XIX los grandes de Francia y
de España.

Yo no olvidaré nunca, que fué
coel querido compañero del perío-
dismo, Víctor Muñoz, quien me
llevara hasta el "santuario" cierta
noche en que había tanta gente,
que Frangipane exclamó:

¡Parece un juego, entre el Ha-
bana y el Almodares; ¿Quién es-
tará picheando?

Inf, at 25/48



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA